

Los Manuscritos del Mar Muerto y su Significación Histórica

LOS MANUSCRITOS DE UNA CONGREGACIÓN RELIGIOSA

Si hay algún movimiento espiritual cuya influencia sobre la cultura de Occidente haya sido decisiva, este movimiento es el Cristianismo. Y si hay una fase en el desarrollo histórico del Cristianismo que hasta hoy ha permanecido oscura, es la etapa que precede inmediatamente a la época en que vivió Jesús y en la cual debió gestarse el ambiente propicio al advenimiento de la nueva doctrina. Este vacío que se dejaba sentir en la reconstitución histórica de los orígenes del Cristianismo parece ahora destinado a llenarse a consecuencia del descubrimiento de los manuscritos del Mar Muerto.

A principios del verano de 1947, un grupo de pastores beduinos de la tribu de Taamira que acostumbraban transportar mercaderías desde Transjordania hacia Palestina, para venderlas en los mercados de Belén, acamparon en una zona de la desértica región costera del noroeste del Mar Muerto, conocida con el nombre árabe de Qumran. El desolado paisaje del desierto de Judea es en esta región sumamente accidentado: enormes formaciones rocosas alternan con profundos barrancos, y numerosas cavernas se abren paso hacia el interior de aquéllas. Por algún motivo que no puede establecerse con seguridad, dos jóvenes beduinos penetraron en una de esas cavernas y descubrieron allí cierto número de enormes jarrones de greda que contenían unos rollos de cuero, cuidado-

samente atados y envueltos por una cubierta de lino, que despedían un olor nauseabundo a causa de su relativo estado de putrefacción. Sobre dichos cueros había textos manuscritos en idioma hebreo. Sospechando que su hallazgo era importante, al reanudar la marcha los beduinos se llevaron consigo los rollos con intención de comerciarlos en Belén.

Allí fueron, en efecto, vendidos a un comerciante en antigüedades, quien a su turno transfirió su propiedad al profesor Eliezer L. Sukenik, por entonces catedrático de Arqueología en la Universidad Hebrea. Mientras tanto, el Arzobispo sirio Mar Atanasio Samuel, que gobernaba un pequeño monasterio en Jerusalén, había adquirido por su parte otros rollos que oportunamente remitió a Estados Unidos con la esperanza de interesar a los especialistas en su adquisición. Corría el año 1954 cuando Yigael Yadin, hijo del profesor Sukenik y a la sazón jefe del Estado Mayor del Ejército Israelí, a la vez que arqueólogo de nota, logró comprar dichos rollos para la Universidad Hebrea gracias a la ayuda económica de un benefactor residente en Estados Unidos.

De los manuscritos cuyo contenido se ha dado a conocer, sólo siete se conservan más o menos en su integridad, sin contar un rollo de cobre que pertenece actualmente al gobierno de Jordania y una gran cantidad de fragmentos que han sido encontrados en el curso de investigaciones sistemáticas realizadas en el terreno mismo del ha-

llazgo original y en sus vecindades durante los últimos años. Tomados en conjunto, unos y otros comprenden principalmente tres clases de textos, a saber: 1) transcripciones de libros contenidos en el Viejo Testamento (como por ejemplo del *Libro de Isaías*, del cual existen dos ejemplares entre los rollos. Vale la pena señalar a propósito de estos libros, que son los manuscritos bíblicos más antiguos conocidos hasta ahora); 2) comentarios sobre algunos libros bíblicos (v. gr., el *Comentario del Libro de Habacuc* y el de *Nahum*); 3) un grupo de documentos que no tienen vinculación directa con la Biblia, la mayoría desconocidos hasta la fecha de su hallazgo. Entre estos últimos podemos mencionar como los más representativos: el reglamento interno de una congregación o hermandad religiosa que se conoce con el nombre de *Manual de Disciplina*; una colección de himnos religiosos o salmos, y una composición de carácter apocalíptico y escatológico que tiene por título *La guerra de los Hijos de la Luz contra los Hijos de la Oscuridad*.

Desde el instante mismo en que los "rollos del Mar Muerto" empezaron a ser conocidos por los especialistas, y una vez establecida su autenticidad, fué aparente que ellos se relacionaban con el ideario de una antigua secta religiosa. Pero una serie de interrogantes surgieron de inmediato. Ante todo: ¿a cuál de las sectas históricamente conocidas correspondía ella?; lo que desde luego implicaba resolver el problema de la época de su existencia. Y estaba, además, la cuestión de las extrañas condiciones del hallazgo. ¿Qué explicación podía tener el hecho de que los manuscritos estuvieran ocultos en cuevas? Porque es del caso señalar que con posterioridad a 1947 —fecha del primer hallazgo— nuevos documentos han sido descubiertos en grutas vecinas de la misma localidad. Entre las hipótesis formuladas inicialmente para responder a la pregunta indicada, una de las que gozaron de mayor prestigio entre los especialistas fué la expuesta por Sukenik, a sa-

ber, la hipótesis de la "genizah". *Genizah* es una voz hebrea que designa aquel recinto dentro de las sinagogas en que se conservan los manuscritos religiosos que adolecen de defectos en su composición o que han sido deteriorados por el uso. Según la hipótesis en referencia las cuevas harían las veces de tales recintos y los rollos serían textos invalidados por las causas aludidas.

La presunción que los propietarios originales de los documentos fueron los miembros de una congregación religiosa que vivían en la desértica región costera junto al extremo noroccidental del Mar Muerto, se convirtió en evidencia cuando se descubrieron e investigaron las ruinas del monasterio ocupado por la congregación. Dichas ruinas existen a corta distancia de la caverna en que fueron encontrados los primeros manuscritos y en las inmediaciones de otras grutas que los árabes conocen con el nombre de Khirbet Qumran. Ya a fines del siglo pasado sus restos habían llamado la atención de los arqueólogos y en excavaciones efectuadas por el francés Clément-Ganneau, fué descubierto en sus proximidades un cementerio con casi un millar de tumbas, que se diferenciaban de los sepulcros árabes por la disposición de su eje longitudinal, invariablemente orientado de norte a sur, en vez de extenderse de oriente a occidente como es el caso de éstos.

Tradicionalmente se aceptaba que las ruinas de Khirbet Qumran eran los restos de una vieja fortaleza romana, y que los ocupantes de las tumbas en cuestión eran miembros de la guarnición allí establecida. Pero los trabajos arqueológicos (efectuados en etapas sucesivas a partir de 1951) llevaron a la convicción de que la mencionada fortaleza había sido construída sobre las ruinas anteriores del monasterio. Con toda evidencia fueron reconocidas las habitaciones y demás dependencias ocupadas por los monásticos: había allí un comedor, cocinas, dormitorio, piletas destinadas a baños rituales, etc. Mención especial merece el hallazgo de

los restos de una sala que servía de escritorio, con su respectiva mesa de trabajo, tinteros que contenían aún residuos de tinta seca y tablillas de greda en las que los escribientes ejercitaban su caligrafía. El material arqueológico se completaba con restos de diversos artefactos de arcilla y, lo que era más importante, el hallazgo de una cantidad de monedas, acuñadas en distintas fechas que abarcan un largo período, desde el reinado del príncipe asmoneo Juan Hircano hasta la época en que tuvo lugar la primera rebelión judía contra la dominación romana, es decir, aproximadamente desde el año 125 a. C. hasta el 68 ó 70 d. C. Estos datos son sumamente importantes porque permiten localizar en la historia el período de ocupación del monasterio.

Indirectamente la última de las fechas mencionadas contribuyó a resolver el enigma de las extraordinarias condiciones del hallazgo de los rollos. Entre los años 68 y 70 d. C., la Décima Legión Romana, encargada de sofocar la rebelión, penetró en el recinto del monasterio y lo destruyó, quedando hasta hoy como testimonio del suceso las huellas del incendio provocado. Es comprensible que en tales circunstancias, y previendo lo que iba a ocurrir, los monásticos quisiesen poner a salvo los manuscritos de su biblioteca, procediendo a ocultarlos en las cavernas vecinas.

Sin embargo, sabemos a ciencia cierta que la congregación sobrevivió al desastre, puesto que en otras cuevas fueron descubiertos los signos de una ocupación ulterior por miembros de la misma. Esta ocupación se prolonga hasta la época de la segunda rebelión judía, cuyo jefe fué el célebre Simón Bar-Kojba o Simón Ben Coseba —a quien ciertos documentos hallados en el sitio mencionan por su nombre— y que tuvo lugar entre los años 132 a 135 después de Jesucristo.

ORGANIZACIÓN E IDEOLOGÍA

Por el documento conocido como *Manual de Disciplina*, complementado por otro tex-

to descubierto a fines del siglo pasado en una vieja sinagoga de El Cairo (y del cual se encontró una copia en las cuevas de Qumran), estamos informados acerca de la organización interna de la secta que nos ocupa.

Se trataba de una congregación de carácter esotérico, a la que sólo podía ingresarse mediante una iniciación ritual. Los candidatos eran previa y cuidadosamente calificados, y contraían el compromiso solemne de “aportar la totalidad de su inteligencia, la totalidad de sus fuerzas y la totalidad de sus bienes a la comunidad de Dios”. Tras la fase de iniciación los novicios debían ser puestos a prueba por un período determinado antes de ser reconocidos como “hermanos” dentro de la orden. Sobre los miembros de la comunidad pesaba un estricto control en todos los aspectos públicos y privados de su vida, particularmente desde el punto de vista moral y doctrinario. Existía entre ellos una rigurosa jerarquía. A cada componente se le asignaba un grado o rango especial, que debía revisarse anualmente en una asamblea de todos los miembros. Los rangos, en consecuencia, no eran fijos: existía la posibilidad de promoción o retroceso en la escala jerárquica, según los méritos o deméritos revelados en el comportamiento de los individuos. Expresamente se contemplaban sanciones aplicables a éstos en ciertos casos: reducción de la ración alimenticia, degradación y aún expulsión temporal o permanente de la orden.

Los miembros hacían votos de pobreza y sus bienes se incorporaban a un fondo común, administrado por un funcionario especial. Los monásticos comían todos juntos, ocupando cada uno el puesto que le correspondía según su rango particular. El mismo criterio de prelación existía en cuanto al orden en que los miembros podían intervenir para expresar sus opiniones en el seno de las asambleas; pero todos tenían derecho a hacer uso de la palabra y a participar con su voto en las decisiones de las mismas. En materias doctrinarias, la suprema autoridad era ejercida por los sacerdotes asistidos por los

“levitas”, es decir, por las jerarquías tradicionales máximas en la vida religiosa de los judíos. Había también un Consejo General, cuyos componentes eran elegidos entre la totalidad de los miembros de la congregación, y constituía una especie de parlamento para fines de deliberación en casos determinados.

El cuerpo de doctrinas sustentadas por los miembros de la comunidad puede calificarse como esencialmente “judío”, en el sentido de que sus raíces penetraban profundamente en la tradición moral y religiosa del pueblo hebreo. Aceptaban la *Torah* —es decir la Ley Divina originalmente revelada a Moisés— como la Verdad suprema, y declaraban su ferviente adhesión al Pacto solemnemente celebrado por Dios con Israel y los hijos de Israel. Sentíanse a sí mismos los continuadores espirituales de los profetas, quienes habían proclamado como máximos principios éticos la benevolencia y la justicia. Los monásticos amaban la rectitud sobre todas las cosas. Como los profetas, pensaban que la definitiva salvación de Israel dependía exclusivamente del cultivo de aquellas virtudes. Y como los profetas, en fin, esperaban que se levantara entre los hijos de Israel un Mesías que, en su calidad de enviado de Dios, reinaría para siempre sobre los hombres del mundo con absoluta equidad y sabiduría suprema. Sin embargo, en algunos aspectos desarrollaron una interpretación especial —y es esta interpretación, cabalmente, lo que le daba una fisonomía propia al pensamiento de la secta. Tales aspectos eran principalmente dos, a saber: el que se refería a su concepción del “Nuevo Pacto” y el que se relacionaba con la doctrina mesiánica.

Con respecto a lo primero, nuestros monásticos sostenían la opinión de que la Ley que el pueblo de Israel recibiera por especial gracia divina y cuyo estricto cumplimiento era imprescindible para su salvación, había sido reiteradamente desfigurada en su sentido original por una serie de “falsos expositores”, más interesados en justificar su pro-

pia vida licenciosa que en servir honestamente a Dios. En estas circunstancias Israel estaba irremisiblemente perdido. Se hacía, pues, necesario retornar al camino recto y libertar al pueblo de la culpa que pesaba sobre él. Con este fin, precisamente, sostenían los monásticos que ellos habían sido “elegidos” por Dios, en virtud de un “Nuevo Pacto”, para restablecer el verdadero sentido de la Ley y difundirlo entre el pueblo, como en otros tiempos hicieran los profetas.

El otro aspecto que nos interesa mencionar aquí es el referente a la doctrina mesiánica, que también ha merecido de parte de los monásticos una interpretación especial. Partían ellos, desde luego, de la concepción profética de que la llegada del Mesías significaría el triunfo de Dios sobre el error y la maldad imperantes en el mundo. Por lo tanto, y como se anunciaba en las mismas profecías, el comienzo de la nueva era debía ser precedido por una larga conflagración en la que las fuerzas del bien estarían en lucha contra las fuerzas del mal. En el *Libro de Ezequiel*, las fuerzas del mal son simbólicamente denominadas “los hijos de Gog y Magog”; en la doctrina de nuestra secta se alude a ellas con la expresión “los hijos de la oscuridad”, oponiéndolos a los “hijos de la luz” que representan las fuerzas del bien. Una vez desencadenada la conflagración ella debía durar un período de cuarenta años. Los sucesos por ocurrir durante este lapso se prevenían en el siguiente orden: al principio la lucha permanecerá indecisa; en tres batallas los “hijos de la luz” han de resultar vencedores y en otras tres serán abatidos, pero en el séptimo y último encuentro se consumará el triunfo definitivo de las fuerzas del bien. Ese día será el Día de la Venganza y un nuevo orden advenirá en el mundo... Los miembros de la comunidad de Qumran, que se identificaban a sí mismos con los “hijos de la luz”, esperaban desempeñar en aquel drama el papel protagónico fundamental, y en el manuscrito alusivo al tema se señalan —en medio de una intrincada combinación

de elementos alegóricos y de auténtico programa militar— las normas estratégicas de acuerdo con las cuales debían llevarse a cabo las campañas.

Estrictamente hablando, el advenimiento del nuevo orden que se esperaba era concebido como un suceso de dimensiones cósmicas. De lo que se trataba, como lo expresa un comentarista moderno, era que el orden cósmico en su totalidad sería en una primera fase “revertido en un caos. Los elementos originales, combinados y regulados al comienzo del mundo, serían nuevamente desintegrados; todas las cosas se destruirían por un abrumador diluvio o serían consumidas por el fuego eterno que brota de las profundidades de la tierra. Entonces el ciclo comenzará de nuevo, y un nuevo mundo iniciará su existencia” (1). Es del caso recordar que aquella destrucción debía comprender asimismo la esfera humana. La única posibilidad de salvación para el hombre residía en su comunión espiritual con las “cosas eternas”, vale decir con el reino divino, lo que suponía la expiación previa de toda culpabilidad y la autorresolución de renunciar a todo lo que fuera meramente temporal o mundano. Sólo bajo estas condiciones lograría el hombre aquel estado de “iluminación” interior capaz de librarlo definitivamente de la muerte. A este estado aspiraban los miembros de la comunidad de Qumran, a través del renunciamiento a sus relaciones con el mundo y de una estricta disciplina personal y colectiva que los habilitara para la práctica de la virtud.

MISTICISMO Y REBELDÍA

Los rollos del Mar Muerto contienen frecuentes alusiones a sucesos y personajes históricos, por lo que resultan de gran interés para el esclarecimiento de la situación imperante en la época en que se escribieron. Sin embargo, tales alusiones, que han debido ser

(1) Th. H. Gaster: *The Dead Sea Scriptures*, pág. 7.

claramente comprensibles para los miembros de la secta, aparecen para nosotros veladas por el uso de un simbolismo especial que es causa de no poca perplejidad entre los investigadores modernos. Así, por ejemplo, en el *Comentario del Libro de Habacuc* se alude a un personaje a quien se designa como el “Maestro piadoso” y a quien se reconoce como el jefe espiritual de la secta, que fué perseguido (y finalmente muerto) por otro individuo denominado el “Sacerdote impío”. ¿Quiénes son estos personajes? La única indicación de que disponemos con respecto al primero parece ser aquel pasaje en que se habla de “el sacerdote designado por Dios para interpretar... las palabras de sus servidores, los profetas”. Del segundo se dice lo siguiente: que “en un principio practicaba la verdad, pero que al gobernar sobre Israel acalló su conciencia, abandonó a Dios y fué infiel a sus preceptos, se corrompió con los bienes materiales... y recibió dineros de otros pueblos, aumentando así sus iniquidades” (2). Generalmente se acepta que el “Sacerdote impío” no es otro que el príncipe y a la vez gran sacerdote Alejandro Janeo, que reinó entre los años 103 a 76 a. C. “Más griego que judío por sus inclinaciones” —según expresa el historiador Dubnov— y al mismo tiempo servidor incondicional de la aristocracia de su país, Alejandro Janeo hizo ejecutar en una ocasión, en el patio del templo, a seis mil hombres entre sus opositores políticos, pertenecientes al partido de los “fariseos”... Por lo que toca al personaje histórico que se encubre bajo la denominación del “Maestro piadoso”, no hay en cambio, hasta el momento, indicio alguno que permita identificarlo.

Otro ejemplo es la alusión que se hace en el mismo *Comentario de Habacuc* a un pueblo denominado los *kitiim* o kiteos. Los *kitiim* son conocidos como un pueblo de origen fenicio que se menciona en el *Génesis*.

(2) Tomado de Yigael Yadin: *Los rollos del desierto de Judea*; en “Cuadernos Israelíes”, I, pág. 9.

Sin embargo, es evidente que no se refiere a ellos el *Comentario de Habacuc*, sino que aquel nombre se usa allí en un sentido figurado para aludir a otro pueblo, de cuyos componentes se dice que "son ágiles y valientes en la guerra y causan numerosas víctimas". "Son temidos por todos los pueblos... Engañan y embaucan a las demás naciones... Vendrán desde las lejanas islas del mar y asolarán a los pueblos con apetito voraz e insaciable... Los gobernantes de los *kitiim* se burlarán de las fortificaciones de sus enemigos y se reirán de ellos con sorna..." "Ofrecen sacrificios a sus emblemas militares y a sus armas de combate" (3). Desde el principio, algunos estudiosos (entre ellos Dupont-Sommer) supusieron que tras el nombre de los *kitiim* se escondía una alusión a los conquistadores romanos. Esta suposición fué confirmada más tarde con el hallazgo de otro texto, el *Comentario del Libro de Nahum*, cuyas referencias más explícitas a esta materia no dejan ya dudas al respecto.

Esto nos lleva a considerar uno de los aspectos que más llama la atención en los manuscritos del Mar Muerto, a saber: el espíritu combativo que se advierte en ellos, y que exterioriza un profundo sentimiento de disconformidad con un estado de cosas imperante en la época en que existió la congregación de Qumran. Tal espíritu combativo se patentiza ya en el desprecio con que en los documentos mencionados más arriba se alude al "Sacerdote impío" y a los *kitiim*; pero se manifiesta igualmente en otros textos literarios de la secta, particularmente en sus himnos o salmos, donde aparecen frecuentemente expresiones despectivas como "la liga de los falsos", "la congregación de Belial", "los malvados", "los que predicán la falsedad", "los que tienen perversos designios", "los corrompidos", etc., etc. Y se da a la vez gracias a Dios porque los miembros de la comunidad no tienen contactos con aquellos a quienes así denominan y porque les está en-

(3) Idem.

comendada la misión de destruir a estos últimos, finalmente.

No puede en general evitarse la impresión de que en la mente de los monásticos, expresiones peyorativas como las mencionadas no tenían sólo un sentido metafórico, sino que con ellas se quería aludir a seres concretos, a agrupaciones humanas históricamente existentes más allá de los límites de su propia organización. Esta impresión se acentúa frente al minucioso y a menudo realista detalle con que, en *La guerra de los hijos de la luz contra los hijos de la oscuridad*, se trazan los planes de la campaña destinada a la destrucción de estos últimos. De un alto interés a este respecto resulta comprobar, como lo hiciera primeramente Yigael Yadin, las extraordinarias similitudes existentes entre la organización militar, técnica y estrategia descritas en el documento en cuestión y las pautas generales vigentes a la sazón en esta materia en el seno del ejército romano.

Es incuestionable que en su mismo género de vida —aislados del mundo en pleno desierto— y en las doctrinas sustentadas por los integrantes de la secta de Qumran se transluce, no sólo un profundo sentido místico, sino también una íntima actitud de rebeldía. Es asimismo evidente que dicha actitud se relacionaba con la aristocracia sacerdotal entronizada en el Templo de Jerusalén y que presidía la vida religiosa oficial. Los miembros de dicha aristocracia eran "los que predicaban la falsedad", "los profanadores de la Ley". Con ellos los monásticos rehusaban todo contacto; por eso tenían sus propias jerarquías religiosas: sus sacerdotes y sus levitas. Abominaban su prepotencia; por eso los monásticos predicaban la humildad. Despreciaban el lujo en medio del cual vivían y su insaciable afán de riquezas materiales; por esta razón los monásticos hacían de la pobreza una virtud. Repudiaban su complacencia ante el extranjero que oprimía al pueblo y trataba de abolir sus más caras tradiciones; por eso los monásticos odiaban al invasor y lo consideraban como un cas-

tigo de Dios por haberse torcido la sagrada senda de la Ley...

En esta actitud rebelde los monásticos de Qumran no estaban solos. En realidad, entre el año 125 a. C. y el 70 d. C., que son las fechas límites entre las que presumiblemente fué ocupado el monasterio de Qumran, coexistieron o se habían sucedido una serie de movimientos generados en el seno de la sociedad judía y cuya característica común era un claro sentido de oposición a la aristocracia gobernante en el país y, eventualmente, al opresor extranjero de quien aquella aristocracia se erigía en eficaz aliado. La historia de estos movimientos se remontaba a la época que siguiera inmediatamente a la liberación del país de la dominación griega, bajo el poderoso impulso de los *Macabeos*.

Judea estaba aún bajo la hegemonía helénica cuando ya los miembros de la aristocracia habían dado muestras de una no disimulada simpatía por el extranjero invasor. "Sostenían que no era deslealtad a Dios derribar las barreras que les separaba de los gentiles y que los judíos adoptaran el lenguaje, las maneras y las costumbres de la sociedad pagana. Los jóvenes judíos de las clases superiores tomaron nombres griegos, se unieron a los gremios de la ciudad, visitaban el gimnasio, el estadio y el teatro. Incluso los sacerdotes de Jerusalén despachaban aceleradamente su diario ministerio en el atrio del Templo para ir a ver el lanzamiento de discos" (4). A la vera de los griegos, el poderío económico y la influencia social del sacerdocio crecieron con rapidez. Cuando se consolidó la liberación nacional, su ascenso se detuvo momentáneamente; pero bajo la regencia de los príncipes asmoneos sus privilegios fueron restablecidos. Durante el reinado de Juan Hircano (135-105 a. C.), hijo de Simón Macabeo, la clase sacerdotal se constituyó en el influyente partido político de los *Saduceos*, cuya existencia se prolongó hasta la destruc-

ción del Templo de Jerusalén en el año 70 d. C.

El poderío de esta clase social se logró, naturalmente, a costa del sacrificio de las capas más bajas de la población, sobre quienes pesaba la obligación de satisfacer las ambiciosas pretensiones de los conquistadores extranjeros y de sus aliados locales. En la época de la dominación romana los miserables pululaban en gran número por las calles y habitaban en las cuevas del desierto. Un cuadro vívido de este estado de cosas se describe en la hermosa obra de Scholem Asch, *El Nazareno*. En medio de tal clima habían surgido una cantidad de movimientos opositores. Primero fueron los *hasideos*, a quienes sus adversarios llamaban despectivamente *fariseos*, o "los separados"; luego los *zelotes* —grupos político-religiosos de extracción eminentemente popular y que se nutrían del descontento de las masas. Mención especial merecen aquí los *esenios* por sus extraordinarias analogías con la congregación de Qumran, y que nos son conocidos principalmente por referencias de Filón de Alejandría, Plinio el Viejo y el historiador judío Josefo (5).

De la correlación de los testimonios aludidos se desprende que los "esenios" no constituían una secta única, sino que ese nombre se aplicaba a una pluralidad de sectas emparentadas ideológicamente pero que diferían en puntos relacionados con su género de vida. Así, mientras algunos grupos habitaban en las ciudades, otros preferían vivir aislados en el desierto. Plinio nos habla de uno de estos últimos, cuyos miembros habitaban en campamentos instalados en las márgenes noroccidentales del Mar Muerto; allí hacían una vida monástica, dedicados por entero al trabajo agrícola, a la reflexión moral

(5) Los pasajes de las obras de los autores nombrados, alusivos a los esenios, aparecen ordenadamente transcritos en el apéndice del libro *The meaning of the Dead Sea scrolls*, de A. Powell Davies. De esta fuente tomamos los párrafos citados textualmente en las líneas que siguen.

(4) B. K. Rattey: *Los hebreos*, pág. 152.

y al cumplimiento de sus deberes religiosos. Había entre los esenios también diferentes actitudes con respecto al matrimonio: en tanto que unos permanecían célibes, otros condenaban el celibato estimándolo atentatorio “contra uno de los aspectos fundamentales de la vida humana, cual es el anhelo de sucesión” (Josefo).

En lo demás concordaban plenamente. El permanente contenido de sus enseñanzas eran “el amor a Dios, a la virtud y a la humanidad” (Filón). El centro de su vida religiosa eran las sinagogas, en las que “ocupaban los asientos correspondientes a sus rangos, de acuerdo con las reglas vigentes en la orden” (Idem). Entre sus prácticas existía el sacramento de la purificación, consistente en baños diarios de agua fría. Estudiaban asiduamente la *Torah*, y en torno a ella desarrollaron una copiosa literatura. Reverenciaban extraordinariamente el nombre de Moisés, al extremo de que toda blasfemia contra él era sancionada con la muerte. Dentro de la orden existía un estricto régimen comunitario. Al decir de Josefo, los esenios “despreciaban a los ricos... (Tenían por) norma la de que quienes se allegaban a ellos debían entregar todos sus bienes a la orden —de modo que entre ellos no había unos más ricos que otros, sino que la posesión de cada uno correspondía a la posesión de los demás, no existiendo realmente sino un solo patrimonio para todos los hermanos”. No es extraño por este motivo que la congregación tuviera una profunda raigambre popular y que “muchos de aquellos que, derrotados en la dura batalla de la vida diaria, buscaran refugio en su sistema” (Plinio).

Se advierte, pues, que la congregación de Qumran, de la cual dan testimonio los manuscritos del Mar Muerto, formaba parte de un vasto movimiento social manifestado en una pluralidad de tendencias, en las que se entremezclan más o menos íntimamente elementos políticos y sentimientos religiosos. Queda por ver cuál es la situación exacta de aquella congregación en el conjunto de es-

tas tendencias. En este sentido la sugestión más poderosa surge de las similitudes entre nuestra secta y los esenios. Tal sugestión se fortalece por la circunstancia especial de que Plinio localiza geográficamente a los esenios —o por lo menos a una parte de ellos— en una zona que corresponde a aquella en que se encuentran las ruinas del monasterio de Qumran y en que fueron hallados sus manuscritos sagrados.

TRASCENDENCIA HISTÓRICA

El hallazgo de los rollos del Mar Muerto tiene una doble importancia histórica: 1.º ofrecernos versiones manuscritas de libros sagrados del Viejo Testamento, anteriores a las más antiguas conocidas hasta ahora, como son los dos ejemplares del Libro de Isaías, y 2.º hacer posible una comprensión más realista del panorama social y espiritual judío durante los dos o tres siglos que precedieron inmediatamente a la destrucción del Templo de Jerusalén. Se sabía ya de antemano que, desde el punto de visto ideológico y religioso, dicha sociedad estaba escondida en una pluralidad de grupos disidentes con respecto a las esferas oficiales; pero todo lo que se conocía acerca de tales grupos procedía de fuentes indirectas, contenidas, ya sea en obras de comentaristas ajenos personalmente a las sectas en cuestión, o en escrituras apócrifas conservadas sólo en traducciones defectuosas y a menudo intencionadamente “cristianizadas” por sus editores. Con el descubrimiento de los rollos del Mar Muerto los especialistas disponen por primera vez de una apreciable cantidad de textos originales y auténticos de una tal secta disidente.

Pero las proyecciones del hallazgo no se limitan sólo a esto. Como expresa el profesor Millar Burrows, “todo lo que es importante en relación con el Judaísmo en los últimos dos o tres siglos antes de Cristo y en la primera centuria d. C., es también importante para la Cristiandad. Por enriquecer nuestra comprensión del Judaísmo en el período en el cual aflora la Cristiandad, los ro-

llos del Mar Muerto nos han suministrado un material para entender mejor el Nuevo Testamento y los comienzos del Cristianismo" (6). Ahora bien, cabe preguntar: ¿en qué sentido ocurre esto? Para desvanecer ciertas aprensiones y temores que surgieron en los primeros momentos, cuando recién empezaba a divulgarse el contenido de los rollos, el propio Millar Burrows se apresura a declarar: "Se ha sostenido que los descubrimientos revolucionarán los estudios Neotestamentarios. Esto puede quizás causar alguna alarma. Sin embargo, no hay peligro alguno de que nuestra comprensión del Nuevo Testamento sea revolucionada por los rollos del Mar Muerto al extremo de hacerse necesaria la revisión de ninguno de los artículos básicos de la Fe cristiana" (7).

Pero hay un hecho sumamente importante que debemos señalar aquí, y es que sabemos hoy que el Cristianismo primitivo entronca en la tradición espiritual judía en un grado mucho mayor del que hasta ahora se aceptaba; el puente a través del cual este entronque se realiza parece ser, precisamente, la secta de Qumran. Desde luego, está fuera de toda duda la relación de San Juan Bautista con esta secta; como los miembros de ella, sentía que su misión era preparar el camino entre los hombres para el advenimiento del Señor, y la purificación por medio de baños rituales que él practicaba está claramente prescrita en el *Manual de Disciplina*. Pero en las doctrinas y prácticas de los primeros cristianos propiamente dichos la influencia de aquella secta es también notoria. Hemos hablado ya del "Maestro piadoso", a quien los miembros de la comunidad de Qumran veneraban como su jefe espiritual; en determinados pasajes de los rollos del Mar Muerto se le denomina también "El Elegido", "El Justo", "El Hijo del Hombre", y según parece desprenderse de ciertos textos,

(6) Millar Burrows: *The Dead Sea scrolls*, página 327.

(7) *Ibid.*

aquéllos lo identificaban con el Mesías que retornaría a la tierra para establecer la Justicia Divina de una vez para siempre. Los primeros cristianos aceptaban todo esto; sólo que veían en Jesús la encarnación viviente del Maestro. En el *Manual de Disciplina* encontramos asimismo la fuente de una serie de prácticas rituales, como aquellas que se relacionan con el episodio de la Última Cena; en ese documento aprendemos que los monásticos de Qumran practicaban el rito del pan y del vino, y que para ellos tenía más o menos el mismo significado que para la Cristiandad...

Hemos mencionado aquí tan sólo unos pocos ejemplos, pero en general las conexiones espirituales entre el Cristianismo primitivo y la secta de Qumran son numerosas. Sin embargo, hay al mismo tiempo importantes diferencias, y es en razón de ellas que el Cristianismo posee una individualidad y fisonomía propias. Acaso la más importante de estas diferencias sea la norma ética cristiana del amor universal, que ordena amar aun a nuestros enemigos y que contrasta abiertamente con el odio profundo que dispensaban a sus enemigos los miembros de la secta de Qumran. No obstante conviene recordar a este respecto que en el Cristianismo primitivo se manifiesta el mismo espíritu de rebeldía, el mismo carácter popular y antiplutocrático que ya señalamos como un rasgo común a todos los movimientos disidentes surgidos en la sociedad judía de aquellos tiempos. "Bienaventurados vosotros, los pobres —leemos en el Evangelio de San Lucas—, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados..." "Mas ¡ay de vosotros, los ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que estáis saciados ahora! porque tendréis hambre. ¡Ay de vosotros, los que reís ahora! porque os lamentaréis y lloraréis".

El profundo arraigo del Cristianismo en la tradición espiritual judía es un hecho que queda definitivamente en pie. Sabemos que

en los últimos años han sido descubiertos en las cavernas de Qumran una gran cantidad de nuevos documentos, cuyo contenido no se ha divulgado aún; pero sabemos que revisten una importancia fundamental y están destinados a arrojar una luz todavía más intensa sobre el panorama social y espiritual de la época. Nos asiste la convicción de que, cuando estos documentos se conozcan, aquella raigambre se hará aún más evidente para la historia.

BIBLIOGRAFIA

- ALLEGRO; *Los manuscritos del Mar Muerto*. Aguilar. Madrid, 1947.
- BURROWS, MILLAR. *The Dead Sea Scrolls* (With translations by the author). The Viking Press. Nueva York, 1956.
- DAVIES, A. POWELL. *The meaning of the Dead Sea Scrolls*. A Signet Key Book, Published by The New American Library. New York, 1956.
- GASTER, THEODOR H.: *The Dead Sea Scriptures in English translation*. (With Introduction and notes). Doubleday & Company, Inc. Nueva York, 1957.
- RATTEY, B. K.: *Los Hebreos*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México, 1956.
- SCHONFIELD, HUGH J.: *Secrets of the Dead Sea Scrolls*. Vallentin, Mitchell. London, 1956.
- WILSON, E.: *Los rollos del Mar Muerto. El descubrimiento de los manuscritos bíblicos*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México, 1956.
- YADIN, YIGAEEL: *The message of the Scrolls*, Weindenfeld and Nicolson. London, 1957.
- YADIN, YIGAEEL: *Los rollos del desierto de Judea*. En "Cuadernos Israelíes", edic. del Instituto Israel-Iberoamérica, N.º I. Nueva York, s. f.